

YO CONOCÍ A ANTONIO

Conocí a Antonio López Eire en el colegio de los HH Maristas, hace más años que los que se puede recordar. Él estaba en ingreso o primero de bachillerato y yo andaría por la tercera clase de primaria. Recuerdo que Antonio tenía el mismo porte que tuvo siempre, de apariencia seria, pero cuando lo conocías era cordial, muy divertido y sobre todo muy inteligente. Le miraba con mucho respeto no sólo porque un año o dos de diferencia a esas edades marcan un montón, sino porque, además, mi padre nos lo ponía de ejemplo a Javier y a mí cuando nos decía, “el que es muy listo es el hijo de D. Ángel, el director del Instituto”. Y, como pasaba antes, lo que decía un padre “iba a misa”. Pero es que en este caso se cumplía, Antonio lo era.

Posteriormente desapareció de mi cercanía, porque por avatares de la vida y puede que también por algún artículo sobre educación aparecido en la “Gaceta”, tanto él como los Tovar junto con Juan Luis Lanchares marcharon al Instituto y mis contactos con ellos fueron de un ¡Hola! y poco más cuando coincidíamos por la calle.

Y así pasó el tiempo... Me lo volví a encontrar cuando a la vuelta de EE.UU. yo era adjunto y él era no sólo catedrático sino que al cabo de poco tiempo fue ¡Decano de Filología!, cuando ser decano era mucho, y además creo que fue el primer decano de Filología cuando se escindió la Facultad de Filosofía y Letras.

En aquella época conviene recordar que eran momentos complicados para la Universidad, donde todos estábamos muy revueltos y levantiscos. El único que parecía mantener la calma era él. A partir de ahí tuve alguna reunión y encuentro esporádico con An-

tonio por motivos universitarios, aunque creo recordar que también cayó alguna cerveza en amor y compañía.

Después yo desaparecí de Salamanca por un período de tiempo largo, casi veinte años, como en el tango, que en el fondo no son nada... Hasta que a primeros de los noventa, me afinqué en Salamanca y poco a poco retomé mi amistad con él, que fue creciendo junto con mi admiración hasta hacerse entrañable.

Antonio pasó por esta vida sin exigir nada a nadie. Él caminaba y la gente que quería acercarse a él, lo acogía y le daba todo lo que tenía desde su “saber estar”, su conocimiento, hasta lo más material que se le pidiera, porque era bueno y generoso hasta el infinito.

Marcó un estilo de profesor universitario, algo que sólo les es concedido a los “MAESTROS”, de forma que la gente lo respetaba mucho dentro de la cordialidad que él dispensaba. Es decir, se tenía respeto a sí mismo, a su profesión y a lo que representaba. Esto contrasta con los tiempos que corren donde el ser “coleguita” es lo que se lleva, con todas las implicaciones y problemas que ello trae.

Sin embargo, él se hacía querer y los alumnos de Filología Clásica tenían como toque de distinción el haberlo tenido como profesor. Eso es lo que engrandece a un maestro.

Por otra parte Antonio hacía soñar... Yo soñé con él una Universidad de Salamanca competitiva con las mejores de Europa, unos estudios avanzados donde estuvieran implicados los mejores profesores..., hasta soñé, mejor soñamos unos cuantos, un viaje a Nueva York que nunca se llegará a realizar...

Pero una tarde se fue. Alguien conocerá la razón, y a nosotros nos dejó su legado y su ausencia además de profundamente tristes... Y es que hasta a los mejores amigos, de vez en cuando, les ocurren unas cosas...

Miguel Ángel Galán